

cual no hay reacción que prevalezca. La historia nos revela los designios de Dios y la parte de verdad que al hombre es dado conocer. Y ¿qué dice la historia? Dice que los fundamentos de la revelación cristiana son errores, supersticiones, á veces ficciones mentirosas; y si es así, ¿qué importan las reacciones? El mundo entero bajaría su cerviz ante el papa, y no por eso dejaría de ser el papado una usurpación secular. El mundo entero recitaría el símbolo católico, y no por eso dejaría de ser menos falso. ¿Es que las tinieblas están destinadas á oscurecer la luz? ¿Ó es que la luz ha de acabar por disipar las tinieblas?

La reacción católica se parece á las nieblas de la primavera, que se condensan cuando la luz vivificante del sol está más cerca de disiparlas y de ofrecer á nuestros deslumbrados ojos los radiantes esplendores de la naturaleza. En este mismo momento (1), la niebla oculta todavía el astro bienhechor, fuente de vida. ¡Paciencia! La luz eterna no por eso luce menos; pero no sucede lo mismo con la luz divina que con la luz física; ésta triunfa con solas las fuerzas de la naturaleza, mientras que la verdad necesita ser conquistada á esfuerzos de la razón; es necesario luchar contra las tinieblas intelectuales para disiparlas, es necesario luchar para que la verdad se difunda. Luchemos, pues; la victoria nos está asegurada de antemano.

La reacción religiosa es un hecho incontestable; pero si se quiere conocer su importancia, necesitamos averiguar sus causas. Podría creerse, por de pronto, que es una victoria de la superstición y de la tiranía intelectual sobre las aspiraciones más legítimas y más santas de la humanidad. Nada de eso; la reacción se explica por la necesidad que el hombre tiene de creer; es ésta un sentimiento indestructible, pero que se extravía y se engaña cuando vuelve á los altares de lo pasado. La humanidad no vuelve nunca á la creencia que ha abandonado, y hace ya muchos siglos que dió los primeros pasos fuera del cristianismo histórico. En vano querría suprimir ese trabajo secular, el mismo Dios no lo podría. La fe desviada volverá á los senderos del porvenir á medida que se realice la transformación de la religión tradicional. Hay un doble movimiento en nuestra sociedad: un movimiento hacia lo pasado, que no es más que aparen-

(1) 1896.

te, otro movimiento hacia el porvenir, que aumenta y adquiere cada día nuevas fuerzas. La reacción religiosa, lejos de ser el triunfo del cristianismo ortodoxo, llegará á una transformación de la religión tradicional, á un cristianismo nuevo (a).

## § II. — Causas de la reacción religiosa.

### N.º 1. — El elemento religioso.

#### I

La reacción religiosa es un movimiento general, y, al parecer, favorable en su conjunto al cristianismo tradicional. En Francia, en Alemania, en Bélgica, no basta ya al ardor de la fe el catolicismo, tal como existía en los últimos siglos: nuestros católicos ya no se contentan con la religión de Bossuet; retroceden hacia la Edad Media. En los países protestantes, la ortodoxia es la que domina; pero ¡qué ortodoxia! Lutero repudiaría el luteranismo alemán, y Calvino no reconocería á los calvinistas ingleses. Se comprende que este espectáculo produzca ilusión á los hombres de imaginación exaltada. Pedídesle la causa de la reacción religiosa que sobreviene después de un siglo de incredulidad, y os responderán: “¡Ciegos son los que no ven el milagro debido al poder divino de la religión católica!”, ¿Cómo se ha verificado, exclamaba el conde de Montalembert, ese increíble cambio en tan pocos años? ¿Quién es el que ha dado ese notable *mentis* á todas las predicciones y á todos los cálculos de la falsa sabiduría? ¿Quién? Ante todo, la fuerza intrínseca y milagrosa de que Dios dotó á su Iglesia, su fidelidad en cumplir su promesa inmortal: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. A tantos testimonios registrados ya por la historia, ha venido nuestra época añadiendo una nueva prueba de esa enérgica y fecunda vitalidad de la Iglesia, que debe llenar de confianza á sus hijos y hacerla salir triunfante de todas las pruebas, viendo que sobrevive á los imperios y á las repúblicas, á todos los gobiernos y á todas las revoluciones, (1).

Si el movimiento católico es divino en su prin-

(a) Esto es verdad; pero no se realizará matando toda creencia, sembrando la incredulidad y dando solamente culto á la materia.—/N. del T./

(1) MONTALEMB., *De los intereses católicos en el siglo XIX*, § 4.

cipio, fuerza es confesar que causas humanas y muy humanas le han auxiliado poderosamente. Uno de los órganos más vehementes de la reacción ultramontana se pregunta cuál es el verdadero origen del renacimiento religioso. Mr. Veuillot responde que son las vírgenes fieles las que, en medio de la paz de sus claustros y bajo la protección de la Inmaculada Virgen, comenzaron á formar las madres de familia cristianas. “Dios bendice esa obra de piedad: un soplo creador se dilata por toda la Francia, y por medio de sus recónditos resortes y de las desconocidas vías cuyo secreto tiene la Providencia, las fundaciones y las vocaciones se han multiplicado á través de mil obstáculos. En las pequeñas ciudades, y hasta en las más pobres aldeas, mujeres privadas de todo apoyo humano emprendieron dar instrucción gratuita á los niños pobres de las campiñas, y lo han conseguido, siendo la Santa Virgen Madre de Dios la intercesora para que se realicen tan nobles y santos trabajos. El nombre que llevan esas mujeres heroicas es el de María; el fuego divino que las anima es el amor de María, y trabajan, y sufren, y mueren por imitar á María... La época que ha seguido al siglo de Voltaire se podrá llamar el siglo de María, (1).

Mr. Veuillot no sospecha quizás que la tierna devoción de María, que tanto celebra, será á los ojos de la posteridad la mancha del movimiento religioso de nuestra época. ¡El siglo de la reacción católica es, pues, el siglo de María! ¡Y esa devoción á la Virgen Santa se fomenta por medio de una educación que falsea la inteligencia! Tan luego como esas mujeres están bien fanatizadas se encargan de convertir á sus maridos; la conversión se limita, por punto general, á practicar aquello en que no se cree. ¡Hipocresía! No importa; esos hombres que ceden por debilidad y por no turbar la paz del hogar, llenan, sin embargo, las iglesias y hacen número; sus hijos, además, se hacen católicos bajo la inspiración de la Virgen, y á esa fe impuesta á tan tiernas almas se la llama una gracia debida á la divinidad del catolicismo. Confesemos que la reacción religiosa es bastante acomodaticia en materia de religión.

No conocemos obra más culpable que la de esa conversión artificial de las nuevas generaciones.

(1) VEUILLLOT, *Misceláneas religiosas*, t. VI, p. 526, 528, 531.

Se cuenta que los Escitas cegaban á sus esclavos para convertirlos en máquinas; otro tanto hacen estos nuevos apóstoles. La posteridad se asombrará de que los hijos de Voltaire y de Rousseau, los hijos de Lutero y de Calvino, hayan abdicado los derechos del libre pensar para atarse con las cadenas de la ignorancia y de la superstición. Pero no es á las nuevas generaciones á las que hay que acusar: ¿quién se atrevería á acusar á los esclavos cegados por sus dueños de que no puedan ver la luz del sol? Son los padres los que llevan sobre sí esa terrible responsabilidad; serían disculpables si fueran creyentes: indiferentes ó incrédulos, hacen el oficio de verdugos en servicio de la Iglesia, para ayudar á matar, ó á viciar por lo menos, la inteligencia y el corazón de sus hijos. Nuestras leyes castigan el infanticidio: ¿es menos criminal el asesinato del alma?

Apresurémonos á añadir que hay en la reacción religiosa un elemento que explica y disculpa la culpable debilidad de nuestra época. Causa admiración el ver al siglo de Voltaire viniendo á parar en un siglo de reacción católica; pero nada más natural. ¿Quién hubiera creído en los bellos días del 89 que la Francia se cansaría de su libertad, y que después de la explosión magnífica de la Revolución vendrían los tristes días de una servidumbre voluntaria? Pues lo mismo sucede en materia de religión. Oigamos al conde de Maistre: “El protestantismo, el filosofismo y mil otras sectas, más ó menos perversas ó extravagantes, como quiera que hayan disminuido prodigiosamente las verdades entre los hombres, el género humano no puede permanecer en el estado en que se encuentra, y se agita y sufre, y tiene vergüenza de sí mismo, y procura con yo no sé qué movimiento convulsivo remontar el torrente de errores después de haberse abandonado á él con la sistemática ceguera del orgullo, (1).

No participamos del desdén que el fogoso ultramontano afecta tener al siglo XVIII; pero hay una cosa cierta, y es lo de que los filósofos demolió sin pensar en reedificar. La guerra contra el catolicismo vino á ser una guerra contra toda religión, y se negó á Dios y se negó el alma. En vano Rousseau y Voltaire opusieron la autoridad de su nombre á ese desbordamiento de materialismo; el

(1) DE MAISTRE, *del Papa*, discurso preliminar.

sentimentalismo del uno y el frío deísmo del otro no bastaban para salvar la religión. La reacción era inevitable. Porque en vano se quería reducir el hombre á la materia; la materia no le satisface: siente en sí un elemento infinito destinado á la inmortalidad, y no se destruye la naturaleza humana: cuando se trata de mutilarla, ella resiste; las olas acumuladas arrollan los diques é inundan las campiñas. Los filósofos materialistas habían querido reducir el hombre á una existencia puramente material: no se advirtió lo que había de desconso-lador en sus doctrinas mientras duró el ardor de la pelea; pero cuando llegaron las deducciones, cuando las sangrientas orgías del Terror hicieron entrar las almas en sí mismas, causadas entonces de las agitaciones revolucionarias y disgustadas de las sacrilegas farsas del 93, quisieron volver á la fe, y no había más fe que la fe del pasado. De ahí la reacción religiosa (a).

Está en la naturaleza de las reacciones el ser apasionadas y ciegas. Que se piense en las locuras de la reacción política que sobrevino á la caída de Napoleón. La reacción religiosa tiene también sus locuras. Dejaremos á un lado las supersticiones católicas que constituyen la esencia de un movimiento cuyas tendencias van en pos de la crédula fe de la Edad Media; pero la reacción no se ha detenido en la religión, sino que ha rechazado todas las aspiraciones de la humanidad moderna desde la Reforma para acá, y si conociese la historia, rechazaría á la Edad Media misma, por no ser bastante católica. De ahí el desprecio que al librepensamiento profesan los hombres del pasado, los cuales no se limitan á condenar á los filósofos, aun á los que pasan por cristianos, como Descartes y Leibnitz, sino que para ellos son sospechosos todos los grandes genios, lo mismo Corneille que Molière, lo mismo Shakespeare que Milton. En efecto, el genio no existe sin el pensamiento; y, según los reaccionarios, el pensamiento viene siendo culpable desde los tiempos de la Reforma. Una vez metidos en ese camino, no han retrocedido ante ningún argumento, ni siquiera ante el ridículo, y se les ha visto tratando como enemigos á Homero y á Vir-

(a) Aquí viene Laurent á nuestro modo de ver, si bien culpando más de lo justo á la Revolución y atribuyendo á Voltaire un espíritu religioso que en otros parajes le ha negado y que seguramente no tenía. — (N. del T.)

gilio, á Platón y á Cicerón (1). Esos hombres ilustres habían cometido el pecado de no pensar como el catolicismo romano.

¿Preguntaremos ahora qué es lo que tiene de común la religión con los excesos de una reacción que se llama religiosa? Un escritor, tan notable por la pureza de su fe como por su talento literario, dice hablando del paganismo: "Los hombres necesitan un culto público, y mientras que no se les ofrezca uno que responda al vago llamamiento de su conciencia, guardarán el que han tenido, aun sin creer en él. El hombre es naturalmente religioso; su flaqueza tiene necesidad de un culto, aun cuando ese culto fuese tan imperfecto y ridículo como el culto pagano," (2). Del catolicismo se puede decir lo que Sacy decía del culto pagano. Aquel está arruinado desde que el primer librepensador atacó la revelación milagrosa que le sirve de base, y, sin embargo, aun dura después de tantos siglos. Pero también la ola de la incredulidad, ó mejor dicho, del librepensamiento, crece y se aumenta en cada siglo. ¿Cómo explicarse la persistencia de una fe que la razón condena? Los católicos tienen una explicación sobrenatural, la eternidad que Dios ha prometido á la Iglesia de San Pedro. Pero hay otra explicación más natural y más cierta. Los librepensadores que, en la decadencia de las viejas religiones se hacen una creencia para ellos, constituirán siempre el pequeño número, aparte de que esa fe solitaria no tiene ni la energía ni el poder de una fe difundida. En cuanto á las masas, incapaces de crearse convicciones religiosas, las piden á los cultos dominantes. ¿Qué importa que las viejas Iglesias amenacen ruina? Como quiera que sea, ofrecen un refugio, y siempre vale más un abrigo, sea el que quiera, que no el verse expuesto á todas las intemperies de una desencadenada borrasca.

## II

Esto equivale á decir que no es la divinidad del cristianismo, sino la necesidad de creer, la que ha dado margen á la reacción religiosa. Los mismos escritores que participan de las creencias católicas no se hacen ilusión respecto al carácter del movimiento que distingue á nuestra época.

(1) SAISSET, *La filosofía y la reacción religiosa* (Revista de Ambos Mundos, 1839, t. 1).

(2) DE SACY, *Varietades literarias*, t. II, p. 44, 45.

Monsieur de Broglie confiesa que el siglo XIX fué concebido en la incredulidad. ¿Cómo, habiendo nacido incrédulo, se enamoró de repente de las verdades filosóficas y religiosas? De Broglie contesta que esa afición fué efectivamente muy viva, pero pone en duda que haya sido sincera. Las nuevas generaciones estaban cansadas de guerras y de trastornos y experimentaban el deseo de otras emociones: fatigadas por la duda, querían creer; tales fueron las disposiciones de ánimo que dieron origen á la reacción religiosa (1). Diríase que sólo se trataba de un pasatiempo entre gentes fastidiadas por el cansancio; y repárese bien, no es un incrédulo el que habla, es un creyente, es un católico.

Un ilustre predicador, que abandonó el foro para hacerse jesuita, el P. Ravignan, usa el mismo lenguaje y habla hasta con cierta especie de desdén de lo que se ha llamado reacción religiosa. Después de todo, ¿qué es esa reacción? El orador sagrado responde que si se la analiza con justicia, se encontrará en ella una *necesidad comprobada, una duda confesada, una especie de alianza pactada con el lenguaje de la fe*. Todos esos son otros tantos elementos favorables al catolicismo, dice el reverendo padre; pero él no hace gran caso de ellos. ¿Qué es eso de una *alianza con el idioma de la fe*? ¿Es la palabra sin la idea y el sentimiento que expresan? Charlatanismo é hipocresía. Lo único serio en la reacción es la necesidad de creer, y todavía es necesario ver de dónde viene y qué es esa necesidad. El predicador francés pone el dedo en la llaga: "Se comprende bien lo que eran y lo que aun podrían ser *masas emancipadas del yugo de la creencia* y de la sujeción religiosa, y poderosamente trabajadas por fermentos de *desorden* y de *independencia*," (2). Como se ve, el miedo al socialismo y al comunismo, el miedo á la república roja, formaban la necesidad de creer que hace notar el orador de Nuestra Señora. Lo cual equivale á decir, con Voltaire, que el catolicismo es bueno para la plebe, ó á sostener, con los políticos, que las supersticiones son convenientes para el pueblo. Y cuando una religión llega á ese punto, está muerta.

(1) ALBERTO DE BROGLIE, en *El Correspondiente*, 1839 (tomo XLVIII, p. 9).

(2) Conferencias del P. RAVIGNAN, pronunciadas en Nuestra Señora de París (t. I, p. 9 y 10).

Todavía hay que mirar bajo otro aspecto esa necesidad de creer de que no se manifiesta gran cosa entusiasmado el P. Ravignan; ese aspecto es el romanticismo religioso. El predicador no niega que hay en el cristianismo una poesía tierna y sublime; antes bien, reconoce que esa es una fuente abundante de elevados conceptos y de emociones dulces y vivas, y añade después: "Hay verdadero fervor en apoderarse de la poesía y del arte cristiano, que forman un aspecto feliz de lo bello, una vía fecunda abierta al talento; es una región que todavía gusta recorrer en medio de ensueños románticos... Y para nosotros no hay nada más," (1). Ravignan llama al romanticismo religioso una de las enfermedades de nuestra época, y, en efecto, hay un gran peligro para el catolicismo en esa tendencia de los ánimos. Se aceptan el nombre de cristianismo, su grandeza, su poesía y hasta sus beneficios. Hay una maravillosa complacencia en celebrarlos y en cantarlos de vez en cuando. Pero esos cánticos de elogio se dirigen á lo pasado, y se necesita algo más para el presente, y, sobre todo, para el porvenir. Todos han dado manos á la obra: filósofos, historiadores, poetas, novelistas, políticos, todos hacen religión; pero lo que sobre todo les preocupa es el preparar una á su modo y manera. Y ¿con qué construyen el edificio de su creencia? Toman una guía singular, la más incierta y la más caprichosa que pudieran elegir, la imaginación y sus inspiraciones fantásticas, y se ven á los poetas religiosos fabricando una creencia con los pensamientos de la mañana y con los ensueños de la noche. "¡Vanas quimeras, exclama el P. Ravignan, sueños fantásticos! ¿Qué habéis producido? La muerte de la inteligencia y de la verdad," (2).

No dice mal el predicador jesuita: esa fe de imaginación nada tiene de serio, ni puede penetrar en las entrañas del hombre. Jesucristo predicaba la regeneración del alma, el renacimiento espiritual, y lo predicaba con su vida; hé ahí la verdadera religión, mientras que la religión de los románticos es una fe de espectáculo, únicamente buena para hacer versos ó prosa poética. ¡Cosa notable! El escritor que inaugura la reacción religiosa es también el tipo del romanticismo religioso.

(1) Conferencias del P. RAVIGNAN, pronunciadas en Nuestra Señora de París (t. I, p. 27).

(2) Conferencias del P. RAVIGNAN, pronunciadas en Nuestra Señora de París (t. I, p. 468).

Satisfechos los católicos con encontrar un apolo-gista ilustrado después de la larga esterilidad del siglo XVIII, levantaron hasta las nubes á Chateaubriand. Lacordaire dice que ha sido "el heraldo del buen Dios cerca de nosotros." ¡Singular heraldo aquel que canta el cristianismo sin ser cristiano! Lacordaire escribe á madama Swetchine que ha tenido un gran sentimiento al leer el libro de Chateaubriand titulado *Rancé*, y se pregunta, lleno de angustia: "Si todos los servidores de la Providencia saldrán del lado de Dios tambaleándose como Jacobo," (1). Proudhon, en medio de su ruda franqueza, es menos lisonjero con Chateaubriand, á quien trata de locuz sin conciencia y sin filosofía: "Toda su dignidad, dice, consistía en su facundia," (2). Mucho tememos que la posteridad no sea de la opinión de Proudhon; ¿acaso el *Genio del cristianismo* no es la imagen de la reacción religiosa? Frases lo mismo de un lado que del otro.

Chateaubriand no fué el único cristiano romántico. En Alemania hay nada menos que una escuela en la que la reacción religiosa se ha evaporado en palabras y en colores. Los Alemanes han nacido soñadores y poetas. En el siglo XVIII se dejaban llevar de la incredulidad, ó por lo menos, del árido racionalismo; y cuando, después de la Revolución, un hombre de hierro subyugó la Alemania, el sentimiento religioso se despertó con el patriotismo, ó, mejor dicho, el amor á la patria llegó á ser un culto, teniéndose á dicha el sacrificar su vida por la libertad y por la independencia de la nación. La victoria coronó esa heroica explosión; ¿qué hay que admirarse, si los Alemanes vieron en ello la mano de Dios? Allí estaba Dios. Los vencedores trasladaron á la religión el entusiasmo que los había animado durante el combate. La reacción, pura en su principio, se manchó bien pronto con excesos increíbles, y la patria de Lutero no se contentó ya con la sencilla fe de los reformadores. Schiller llama al protestantismo la religión de los especieros; los Alemanes necesitaban una religión más poética, y celebraron el catolicismo como la religión del arte; se imaginaron que los antiguos pintores de Italia y de Alemania eran otros tantos genios inspirados por la fe; con el mismo respeto

(1) Correspondencia del P. LACORDAIRE CON MADAMA SWETCHINE, p. 394.

(2) PROUDHON, *De la justicia en la Iglesia y la Revolución*. Véase mi *Estudio*.

se llegaron á mirar las antiguas poesías, y todos se pusieron á imitar gravemente aquellas pretendidas obras maestras. Un escritor, que á la imaginación alemana unía el espíritu francés, Enrique Heine, dice que si se quiere formar una idea de aquellos apologistas de la Edad Media, hay que ir á Charentón (1). Persuadidos de que los artistas cuyas obras admiraban debían su perfección á lo profundo de su fe, se pusieron en camino para ir á beber el entusiasmo sagrado á la fuente en que los monjes habían apagado su sed; entraron en el seno de la Iglesia, de la Iglesia católica, apostólica, romana, que es la única que beatifica.

¿A qué condujo el romanticismo religioso? ¿Acaso abrazaron los Alemanes el catolicismo en pos de sus poetas y de sus pintores? La Alemania tenía un poeta, grande entre los grandes, Goethe, que brilla tanto por el buen sentido como por el genio, y Goethe tuvo lástima del romanticismo religioso de la nueva generación, y no necesitó más que dejar caer unas cuantas palabras de su boca para pulverizar un movimiento ficticio, parecido á un mal sueño. A la voz de Goethe desapareció el fantasma, pero todavía mereció ser estigmatizado por Enrique Heine: "Los fantasmas de la Edad Media huyeron; los buhos se ocultaron de nuevo en las ruinas de los viejos castillos; los cuervos tendieron sus alas hacia los torreones de las iglesias góticas." En vano *Novalis*, el único poeta que el romanticismo ha producido, cantó la suprema dicha de la unidad romana á una nación que había nacido fraccionada; los Alemanes continuaron siendo protestantes, y continuarán á despecho de la reacción católica.

Sin embargo, el romanticismo religioso no está muerto. Si no forma ya escuela, tiene, sin embargo, adeptos por todas partes; puede decirse, sin exageración, que todos aquellos que creen sinceramente en una reacción católica son hombres de imaginación, y, en ese concepto, todos son románticos. El hombre se desprende con pena de la fe que ha mecido su infancia; y aun cuando su razón le haga objeciones, á las cuales no encuentra respuesta, su imaginación se inclina hacia las creencias de sus padres. Para creer, idealiza el pasado, presta al dogma tradicional una significación que no tiene, y de esta suerte, llamándose ortodoxo,

(1) H. HEINE, *la Alemania después de Madama Staël*.

está muy lejos de ser creyente. Esto explica de qué manera caen en la reacción religiosa todos aquellos en quienes domina la imaginación: tal fué Chateaubriand, y tales son los brillantes oradores á quienes se ha visto abandonar el foro por el púlpito; tales son, en fin, esos hombres políticos partidarios entusiastas de un pasado que desconocen ó que se representan de color de rosa en su fantasía.

La historia ha visto á esos románticos en medio de la lucha del cristianismo contra la sociedad pagana. La suerte de los Libanios, Simmacos y Julianos nos demuestra cuál será el éxito de las tentativas impotentes que están haciendo los católicos, sus sucesores. Cuando los librepensadores dicen que el catolicismo está muerto, porque han desertado de él todos los que se atreven á pensar, los católicos les presentan con orgullo los oradores que brillan en los pulpitos cristianos y la pléyade de hombres políticos que ilustran la tribuna. Pero también el politeísmo, en su decadencia, estaba rodeado del mismo prestigio: todos cuantos tenían sangre literaria en sus venas se mantuvieron y murieron en el helenismo. Nunca se ha convertido á la religión de Cristo un verdadero Heleno, decía Juliano, y tenía razón. ¿Cómo podían agregarse á las locuras del politeísmo hombres de gran inteligencia? Sólo porque las veían á través del prisma de la imaginación, dando á las fábulas un sentido racional que no tenían. Nuestros románticos cristianos hacen lo mismo: ignoran la historia de la religión que celebran, y se creen de muy buena fe ortodoxos, aun cuando les sería muy difícil formular una profesión de fe cualquiera.

Hay además un rasgo de los románticos religiosos que importa hacer ver: se defienden del cargo de hombres de lo pasado, y, en realidad, sólo es su imaginación la que vive en la Edad Media; por lo demás, sus buenos instintos les llevan hacia el porvenir. Los románticos del politeísmo agonizante rivalizaban en caridad y en piadosos sentimientos para con los cristianos, y también oímos á los reaccionarios católicos protestar que son más liberales que los liberales, llegando á imaginarse que la libertad es de origen católico y que nadie la ama más que la Iglesia. ¡Imprudentes defensores de una religión que se va! ¡No ven que al exaltar la libertad arruinan el catolicismo, que es su enemigo mortal! Todos los que ven y oyen esos

discursos, esos sermones, mitad católicos, mitad liberales, se impresionan mucho más con los acen-tos de libertad que con la fe del pasado. En realidad de verdad, los románticos cristianos no son católicos más que en apariencia, puesto que adoran la libertad que el papa maldice. En vano tratan de conciliar lo que es inconciliable; á su pesar, se apartan de la religión tradicional. De este modo la reacción católica, en lo que entraña de más puro y más legítimo, es una aspiración hacia el porvenir.

#### N.º 2.—*El elemento político.*

##### I

Se forma un concepto erróneo de la reacción religiosa cuando se la considera aisladamente y sin relación con los acontecimientos políticos. Los escritores católicos confunden la historia con el cristianismo tradicional, sin advertir que la religión no es más que uno de los elementos de nuestra cultura. Y esto es tan exacto aplicado á la reacción religiosa como al establecimiento del cristianismo y á su influencia sobre la humanidad. Siempre ha habido causas extrañas á la religión, y algunas veces hostiles, que han concurrido á producir los acontecimientos que se pretenden atribuir exclusivamente al cristianismo. La reacción religiosa no es un hecho aislado que tenga únicamente su razón de ser en la necesidad de creer; no es más que una de las fases de un movimiento más general que arrastra á las sociedades hacia lo pasado, después de las revoluciones que han trastornado á la Europa y que todavía la han de comover.

Se acusa á la Revolución francesa de haber traspasado su meta, lo cual equivale á acusar á la tormenta de ser tal; es indudable que una lluvia suave y bien regulada sería más provechosa. Sin embargo, hay tempestades en el mundo físico, y no hay duda que tienen su razón de ser. También la revolución del 89 tiene su legitimidad; y si á fuerza de excesos no logró realizar su ideal, ¿habrá que acusar de ello á los hombres del 89 y del 93? La furiosa resistencia de los partidarios del pasado fué la que llevó á la Francia á la república, ó, por mejor decir, al despotismo de la Convención, la cual, de violencia en violencia, la entregó en manos de un guerrero afortunado. La reacción